

## OLORES

Ayer pasé la tarde con mi abuelo.

No tendría esto nada de particular si no fuera porque mi abuelo falleció cuando yo apenas contaba trece años y de eso hace ya varias décadas.

Lo encontré en la calle en la perezosa mañana de domingo. Yo paseaba cuando llegó hasta mí una suave fragancia a Varon Dandy. Hacía siglos que no olía este perfume, de hecho desconocía que se siguiera comercializando. El caso es que ese aroma me trajo de la mano a mi abuelo.

Para mí, el olfato ha sido siempre el patito feo de los sentidos. No ha sido tratado con justicia. Y, sin embargo, no hay sentido con mayor poder evocador. Los olores penetran en nosotros por donde la naturaleza les tiene asignado para, una vez dentro, impregnarnos tejiendo una maraña de misteriosas conexiones. Luego, agotados, se acurrucan y quedan dormidos en cualquier rincón, esperando su momento, el momento del despertar...

Bien, pues como decía, mi abuelo olía a Varón Dandy. A Varón Dandy y a tabaco de pipa. Mi abuelo olía a castañas asadas y a bondad. A tardes ociosas de verano a la fresca sombra de la higuera del diminuto jardín familiar. Mi abuelo olía a cuentos infantiles, a calor de regazo, a mirada tierna, a sonrisa eterna.

Y mi abuelo olía a... abuela

Y mi abuela olía a besos. A hogar encendido y a sábanas limpias. Mi abuela olía a curasana y mercromina, a trajín entre pucheros y a canturreo, a guisantes desgranados cayendo uno tras otro en el hueco de su falda, a meriendas de pan con chocolate y tablas de multiplicar.

Misteriosas conexiones...

Ayer olí a mi abuelo. Y el olor me lo trajo. Y pasamos la tarde juntos.

Él y yo.